

# DON HILARIO FERNÁNDEZ DEL REY

## *In memoriam*



Nació en Villaverde de Guareña el **7 de Abril de 1932**. Fue ordenado Sacerdote un **3 de Julio de 1955**. Ha servido pastoralmente a la Diócesis en distintas parroquias del mundo rural: El Campo de Ledesma y Moscosa (1955-1960); Pitiegua, Cabezabellosa de la Calzada (1960-1975) y El Arco donde ejerció el Ministerio Pastoral durante 25 años. Pero donde su presencia y actividad sacerdotal será más permanente y conocida, fue en el Hospital Clínico de Salamanca donde sirvió como **Capellán desde el año 1975** hasta la fecha de su jubilación.

El Año **2004**, Don Carlos le nombró “Adscrito a la Parroquia de Cristo Rey” para ayudar al entonces párroco, Don Sebastián. Nada más incorporarse a nuestra Parroquia vivirá de cerca la *enfermedad, pasión y muerte* de Don Sebastián, experiencia que le marcará profundamente. El año 2005, el Obispo me llamó para que me encargue de la atención pastoral de la Parroquia de Cristo Rey, primero como *Administrador Parroquial* y, tras el fallecimiento de Don Sebastián (agosto 2006), como Párroco, desde entonces pude compartir con Don Hilario, amistad, tareas pastorales y fraternidad sacerdotal.

Durante los seis años que Don Hilario ha estado ligado a la Parroquia de Cristo Rey, ha sido un fiel y solícito servidor del Señor en cuantas tareas le han sido encomendadas, principalmente la de presidir, todos los días, la Eucaristía de las 12 de la mañana y también, la misión de confesor, que tanto le gustaba y para la que siempre estaba dispuesto. Pero, sin duda alguna, su mejor *homilía* ha sido la de vivir con nosotros la experiencia de su enfermedad, pasión y muerte.

Don Hilario se ha enfrentado a la muerte, a su propia muerte, apoyado en su fe, alentado por la esperanza en la Vida Eterna, y confortado por la caridad de sus familiares y amigos feligreses. Desde el primer momento que supo del alcance de su enfermedad, se preparó para vivirla en el Señor y ofrecer sus sufrimientos por el bien de la Iglesia. “*Dios me ha indultado y me ha concedido dos años más de vida*”, solía decir, al constatar el avance lento pero progresivo de su enfermedad. Ciertamente, el Señor le concedió vivir la enfermedad, durante los dos primeros años con pocos sufrimientos, sin embargo, los últimos meses de su vida (a partir de agosto) comenzó a vivir y sufrir su propia *noche oscura* aunque, siempre iluminado por la fe. Cuando llegaba a la sacristía con síntomas de cansancio y casi arrastrando los pies, solía decirme: “*Esta noche me la he pasado en blanco, pensando en la muerte y en el Cielo*”. Al decirle, que ya le faltaba poco para llegar a la meta, me solía contestar: “*No temo la muerte sino vivir mi propia muerte*”. Sí, Don Hilario estaba sufriendo, internamente, su propia agonía, la de aceptar ser despojado para abrazarse a la cruz; él temía dejar su casa, convertirse en un ser dependiente, no poder caminar por sus propios medios. Y así fueron las tres últimas semanas de su vida: se abandonó a la voluntad del Padre, se dejó crucificar y entró en un descanso de *infancia espiritual*, se hizo como un niño para entrar en el Reino de los Cielos. La última vez que le visité en la Residencia Sacerdotal de Calatrava, estaba tranquilo, como un niño, esperando la muerte. Nunca olvidaré su última reflexión: “*Juanjo, yo ya he terminado mi carrera, solo espero irme al Cielo, desde allí, te seré más útil, rezaré por todos*”. Presentía que su final estaba cerca, su pasión fue fugaz, el Señor se lo llevó en un abrir y cerrar de ojos. Don Hilario estaba preparado, anhelaba partir a la Casa del Padre y se marchó silenciosamente, rodeado del cariño de sus hermanos y de la oración de sus feligreses de Cristo Rey. ¡Descanse en paz, Don Hilario!